

16 de Marzo 2025 - II Domingo de Cuaresma (C)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

En nuestra segunda lectura, San Pablo dijo:

"Nosotros ... somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos que venga nuestro Salvador, Jesucristo".

¿Qué quiso decir con eso? ¿Qué significa decir "**somos ciudadanos del cielo**"?

Bueno, piensa en cómo es viajar a otro país. No puedes cruzar la frontera sin más y hacer lo que quieras. Eres extranjero. Así que, primero tienes que pasar por la aduana. Tienes que presentar tu pasaporte y, a veces, otros documentos. También tienes que responder a ciertas preguntas. Te preguntan el propósito de tu visita y cuánto tiempo planeas quedarte. Por lo general, la gente en otros países también hablan un idioma diferente.

Por otro lado, al regresar a Estados Unidos, al entrar, te das cuenta que hay dos filas: una para ciudadanos y otra para extranjeros. Después de que el agente de aduanas revise tu pasaporte y verifique que todo esté en orden, te dice: "¡Bienvenido a casa!". Estás de vuelta en tu país, en el lugar al que perteneces.

O considera esta idea. Todos hemos oído la palabra extraterrestre. Muchas películas de ciencia ficción tratan sobre extraterrestres. Los extraterrestres son seres de otros mundos que, de alguna manera, aparecen en la Tierra. Estas extrañas criaturas no pertenecen aquí. Su hogar está en otro lugar.

Con estas ideas en mente, reflexione sobre lo que dijo San Pablo. Si somos ciudadanos del cielo, no somos ciudadanos de la tierra. Si el cielo es nuestro hogar, somos extranjeros aquí en la tierra. Este mundo no es nuestro hogar. Solo somos visitantes aquí en la Tierra. Extranjeros, por así decirlo, y ese era el punto de San Pablo. Como cristianos católicos, nunca debemos olvidar que nuestra ciudadanía está en el cielo; el cielo es nuestro hogar; es donde pertenecemos.

Mucha gente no sabe esto o no lo cree. No tienen idea de que Dios los creó para el cielo, y por eso, "**sólo piensan en cosas de la tierra**".

Supongamos que, de pequeño, tus padres te llevaron a vivir a un país extranjero, pero nunca te dijeron que eras estadounidense. Crecerías hablando el idioma y aprendiendo las costumbres de esa tierra extranjera. Pensarías que era tu patria.

Un niño o una niña cuyos padres no le enseñaron sobre Dios ni sobre lo que se debe hacer y creer para llegar al cielo sería así.

O supongamos que, de adulto, te mudas a un país extranjero. Tras aprender el idioma y las costumbres, decides quedarte. Con el tiempo, te acostumbras a las cosas de ese país. Desarrollarías nuevos hábitos, nuevas rutinas, y nuevos gustos. Finalmente, si te quedas muchos años, los recuerdos de tu verdadera patria se desvanecen y, con ellos, tu deseo de volver.

Hay personas a quienes se les enseñó sobre Dios y el cielo, pero que ya no les interesa ir allí. Son como alguien que se ha mudado a un país extranjero. Puede que no hayan renunciado intencionalmente a su ciudadanía celestial, pero a todos los efectos, han cambiado su lealtad.

De hecho, San Pablo dice que hay muchas personas que ocupan sus mentes en cosas terrenales. Viven como si la tierra fuera su hogar. También dice que "**hay muchos que viven como enemigos de la cruz de Cristo**", lo que nos lleva a otro punto.

En lugar de amar la cruz de Jesús, las personas terrenales realmente la odian. A las personas terrenales no les interesa ninguna cruz que les ayude a llegar al cielo porque realmente no les interesa ir allí. Si llegar al cielo requiere algún sacrificio, entonces olvídalos.

Por otro lado, las personas terrenales se anegarán por los placeres terrenales. Gastarán cientos de dólares en una buena comida con vinos exquisitos. Harán ejercicio a diario para mantenerse en forma. Se someterán a inyecciones de bótox o cirugía plástica para mejorar su apariencia. Serán los primeros en lucir la última moda, etc. San Pablo dijo: « **su dios es el vientre... sólo piensan en cosas de la tierra** ».

No debemos seguirlos. Debemos recordar que no estamos en casa. Somos extranjeros aquí en la tierra.

Quienes creen que su ciudadanía está en el cielo se diferencian de las personas terrenales en otro aspecto. Aman la cruz. Hace poco, hablaba con alguien que me dijo: «Doy gracias a Dios por mi cruz porque me ha enseñado mucho sobre lo que es realmente importante en la vida».

Todos conocemos la importancia de la cruz de Cristo. Fue el medio por el cual alcanzamos nuestra salvación. Jesús dijo una vez a sus discípulos: « **El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga** » (Mt 16,24). Así que, seguir a Jesús significa, primero, negarnos a nosotros mismos, luego tomar nuestra cruz y, por último, llevarla tras Jesús.

Y note que esto no es opcional para nosotros. Es un requisito para quienes desean ir al cielo. La gente terrenal no lo cree. La gente terrenal se ocupa de las cosas terrenales, y aun

así, algunos aún esperan reclamar un lugar en el cielo. Sin embargo, esto es lo que dijo San Pablo sobre estas personas: «... **acabarán en la perdición**». En otras palabras, no irán al cielo.

Ahora bien, San Pablo no estaba contento con esto. Estaba afligido porque Dios los había creado para el cielo, y aun así, habían renunciado a su ciudadanía celestial.

Nosotros, discípulos del Señor Jesús, debemos ver las cosas de manera diferente a la gente terrenal. Como ciudadanos del cielo, debemos aceptar nuestra propia cruz personal como el medio de nuestra santificación personal.

Es un hecho que nuestra cruz personal fue diseñada por Dios solo para nosotros. Todos tenemos nuestra propia cruz personal que solo cabe en nuestro hombro; no fue diseñada para múltiples usos. Nuestra cruz se ajusta a nuestra altura. Tiene la longitud adecuada para que arrastre por el suelo detrás de nosotros. También es el peso adecuado para nosotros. No tan pesado que no podamos cargarlo, pero tampoco tan ligero que no lo notemos.

Entonces, ¿para qué sirve? ¿Qué propósito tiene nuestra cruz? Obviamente, las cruces no son agradables. No son fáciles de llevar. No son placenteras, pero tienen un propósito importante: nos ayudan a someternos a la voluntad de Dios.

Las cruces nos ayudan a comprender que la vida no se trata solo de nosotros, que no somos el centro del universo. Nuestra cruz nos ayuda a ver más allá de nosotros mismos, a las necesidades de los demás. También nos ayuda a comprender que hay cosas que no podemos hacer solos, cosas que requieren la ayuda de otros y la de Dios. Nos ayuda a aceptar nuestras propias limitaciones, a reconocer que no somos pequeños dioses y diosas de todo lo que vemos.

Finalmente, y lo más importante, nuestra cruz nos ayuda a amar. Nos obliga a ir más allá de nosotros mismos, a las necesidades de los demás y a reconocer que, de hecho, dependemos de Dios para todo. Una vez que llegas a ese punto, estás listo para el cielo.

Piensa en cómo funciona esto en la vida real. Imagina que tu cruz es la vejez. No puedes hacer todo lo que antes hacías. Tu salud no es muy buena y vas constantemente al médico. En ese momento, puedes aceptar tu cruz y verla como un recordatorio de que todo lo que tienes viene de Dios y es su regalo gratuito. Con humildad, puedes aceptar la ayuda amorosa de los demás y corresponder con una sonrisa y oraciones. Puedes ver tu condición como un recordatorio de Dios de que tu tiempo en la tierra está llegando a su fin y que pronto verás a Dios.

O puedes rechazar tu cruz y enojarte con Dios. Puedes quejarte constantemente de lo que no puedes hacer. Puedes comportarte de una manera que te convierta en una cruz para quienes te cuidan y quienes intentan ayudarte.

Imagina que tu cruz es el rechazo de alguien a quien amas, un cónyuge que te abandona, un padre que no te ama o un hijo que te abandona. La soledad es una cruz particularmente dolorosa. Hay mucha soledad en el mundo hoy en día porque no hay suficiente amor.

Si el rechazo es tu cruz, puedes aceptarla y recurrir a Dios en esos momentos. Él llenará el vacío de tu corazón, y tu cruz te recordará que solo Dios puede llenar verdaderamente nuestros corazones. La pérdida de nuestras relaciones terrenales no significa la pérdida de las celestiales. Dios nunca nos abandonará y siempre estará ahí para nosotros.

Jesús nos dice que debemos tomar nuestra cruz y seguirlo si deseamos entrar en la vida eterna. A diferencia de las personas terrenales, que son enemigas de la cruz de Cristo, debemos considerar la cruz nuestra amiga. Los seguidores de Jesús debemos amar su cruz y abrazarla, porque por Su santa cruz redimió al mundo.

La Cuaresma es un tiempo para reflexionar con más atención sobre las cosas de la vida, y al hacerlo, descubrimos el valor de la cruz. Nos ayuda a comprender que la tierra no es nuestro hogar y que no debemos acomodarnos aquí porque solo estamos de paso. Como dijo San Pablo: «**Nosotros ... somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos que venga nuestro Salvador, Jesucristo**». Amén.